

**MITRE Y LA FORMULACIÓN  
DE UNA HISTORIA NACIONAL PARA LA ARGENTINA**

**Tulio Halperin Donghi\***

El general Bartolomé Mitre, quien –como primer presidente, en 1862-1868, de una Argentina finalmente reunificada luego del largo hiato abierto por la disolución del estado revolucionario en 1820– tiene quizá mejores títulos que nadie para ser reconocido en el papel de padre de la Argentina moderna, es más frecuentemente celebrado en cambio en el más modesto de fundador de una nueva historiografía argentina, caracterizada por una seriedad erudita y objetividad científica hasta entonces ausentes.

Examinado más de cerca, el tránsito de la crónica facciosa a la historia rigurosa del que se hace mérito a Mitre aparece tributario de otro cambio no menos decisivo: la multiplicidad de sujetos individuales y colectivos que hasta entonces llenaban la escena histórica –desde las facciones demonizadas o celebradas en las toscas reconstrucciones inspiradas por la pasión política hasta las ideologías o los complejos socioculturales entre sí antagónicos evocados en las interpretaciones más ambiciosas de Echeverría o Sarmiento– es resueltamente dejada de lado en beneficio de una majestuosa presencia central: la nación es ahora elevada a protagonista única del proceso histórico. Es precisamente la postulación de ese sujeto que subordina a todos los que pululaban hasta entonces en el escenario de la historia argentina la que permitirá a Mitre mantener frente a ellos la distancia a su juicio requerida para alcanzar una reconstrucción histórica dotada de validez científica.

---

\* Departamento de Historia. Universidad de California, Berkeley.

El entrelazamiento entre la exigencia erudita y la ruptura del lazo con cualquiera de esos sujetos parciales está explícitamente declarado en la caracterización del proyecto histórico que Mitre opone al de su gran rival Vicente Fidel López en la polémica que ha de enfrentarlos. En López, la decisión de usar la memoria colectiva del patriado porteño como fuente histórica privilegiada, de cuya perspectiva se hace eco, es solidaria del reconocimiento de ese grupo como el protagonista del proceso histórico: el resultado es una narración que no alcanza a ocupar plenamente el marco nacional al que su autor aspira; antes que de la República Argentina, su historia es la de esa que López llama burguesía liberal porteña; sin duda por esa razón López nunca va a realizar su deseo de continuarla más allá de ese año de 1829 en que el ascenso de Rosas consuma la bancarrota definitiva del grupo dirigente que ha guiado la revolución emancipadora para extraviar luego el rumbo bajo el influjo de Rivadavia.

La negativa a identificarse con los puntos de vista de cualquiera de los actores individuales y colectivos que dominaron la escena histórica no supone –Mitre ha de subrayarlo enérgicamente– la renuncia a estructurar la historia a partir de un punto de vista preciso. Cuando López opone a la opción erudita de Mitre su supuesta preferencia por una historia filosófica, la dura respuesta de éste es que en la obra de su rival la carencia erudita se prolonga en carencia filosófica. A esa doble carencia Mitre opone el dominio que se jacta de haber ganado en ambos campos, gracias al auxilio del método inductivo, que le permite alcanzar conclusiones generales a partir de la acumulación de conocimientos empíricos debidamente controlados. Si esa última reivindicación es discutible (apenas se examina el modo de historiar de Mitre se hace evidente que sus supuestas conclusiones son muy poco merecedoras de ese nombre: son más bien las premisas que guían su esfuerzo por estructurar en un todo coherente la congerie de datos por él reunidos) ello no impide que esas premisas disfrazadas de conclusiones reemplacen con éxito en la función de dar sentido a los hechos evocados a las convicciones facciosas de las que López es aún tributario o a las visiones fuertemente polarizadas de Echeverría o Sarmiento.

Esas premisas son las de la historiografía liberal-nacionalista floreciente en la Europa de la Restauración y del contrastado resurgimiento liberal que hubo de seguirle; Mitre reconoce de buen grado su deuda con ese modelo ultramarino. Pero hay aquí algo más que la adopción de un modelo prestigioso: en esa tradición historiográfica encuentra el cauce adecuado para volcar sus intuiciones esenciales acerca de qué ocurre en la historia que se propone evocar.

¿Qué lleva a Mitre a proponer una historia argentina que es por primera vez plenamente la de una nación? En primer lugar la convicción de que –desde el comienzo mismo de la conquista española– el Río de la Plata ha sido teatro del nacimiento y consolidación de una sociedad cuyos rasgos peculiares pueden reconocerse ya en embrión en el punto de partida, y que nace dotada de un admirable vigor expansivo que le permitirá doblegar, en su poderoso impulso hacia adelante, los obstáculos hallados en su camino. En segundo término la convicción de que

ese sujeto colectivo sólo ha de alcanzar su plena realización histórica bajo la figura de la nación, y a través del esfuerzo por constituirse en el marco institucional del estado liberal. Ello hace que —pese a la atención muy viva que Mitre conserva para las transformaciones económicas y culturales que jalonan el proceso histórico argentino— su historia sea sobre todo política, en cuanto ha de centrarse en los problemas de la constitución y progresiva institucionalización del estado, a la vez que del surgimiento y consolidación de formas de autoridad específicamente políticas.

Ambas convicciones apartan por igual a Mitre de las perspectivas dominantes en los análisis de la realidad argentina que hacen autoridad en el momento en que comienza a reflexionar sobre ésta. Los de Sarmiento y Alberdi, contrapuestos en muchos aspectos, coinciden sin embargo en negar que la Argentina esté predestinada a un rumbo histórico constantemente ascendente, rastreable ya, pese a engañadoras apariencias, en sus poco brillantes primeros tramos. Ambos coinciden por lo contrario en alertar contra un peligro de frustración total que sólo podría esquivarse si los argentinos se decidiesen a abandonar el cauce histórico hasta entonces recorrido para ingresar en el que cada uno de ellos les propone. Y —aunque ambos consideran que en el futuro más inmediato todo depende del desenlace de un combate exquisitamente político, en el que lo que está en disputa es el control del poder estatal— ambos reconocen a la esfera de la política y del estado un valor sólo instrumental, al servicio de objetivos de transformación sociocultural en Sarmiento, socioeconómica en Alberdi.

A esa visión obsesionada por el riesgo del fracaso que es la de sus grandes predecesores, Mitre sustituye la de un proceso histórico en que el pasado contiene ya la promesa cierta de un brillante futuro. En esa imagen, que se desplegará en sus grandes obras históricas, vemos reflejarse el mismo optimismo en cuanto a lo fundamental que permite al Mitre político afrontar serenamente casi todos los reveses y allanarse sin ningún sentimiento de derrota a las más graves transacciones; ese optimismo, que constituye el rasgo básico tanto de la personalidad intelectual como de la figura pública de Mitre, no podría ser más raigalmente suyo. Pero si él terminó por ganar el asentimiento de sus compatriotas fue porque reflejaba la experiencia de los sectores cada vez más amplios que dentro de la sociedad argentina participaban de ese movimiento ascendente cuya presencia secreta Mitre había sido capaz de detectar por debajo tanto del estancamiento colonial como del caos sangriento que Sarmiento había evocado poderosamente en *Facundo*.

Esa historia en continuo avance hacia nuevas cumbres, que Mitre presenta como la de la nación que a través de ella surge a la vida, y que es finalmente compartida por todos los que cuentan dentro de ese marco colonial así creado, ha comenzado por reflejar una visión arraigada en una experiencia más regional que nacional: es la historia tal como puede verse desde Buenos Aires, que ha sido la gran beneficiaria de la apertura hacia el Atlántico consagrada por la creación del Virreinato del Río de la Plata y ampliada en sus consecuencias por la liberalización comercial que —decreta-

da por el último virrey— iba a permanecer en la base misma del orden post-revolucionario, tanto en medio de las convulsiones de la guerra civil como bajo el férreo dominio de Rosas. En las décadas que siguieron a la emancipación un formidable proceso expansivo ha permitido a Buenos Aires reunir un tercio de la población de las provincias argentinas y más de dos tercios de sus riquezas. Mientras, tal como nos recuerda ese texto elegíaco que son los *Recuerdos de Provincia de Sarmiento*, para la San Juan donde éste ha nacido el nuevo orden no ha traído sino calamidades, y aun para la Tucumán de Alberdi ha aportado innovaciones menos catastróficas pero casi todas negativas, la trayectoria de la provincia porteña en esas mismas décadas inspira más ufanía que alarma.

Antes de volcarse en la versión de la historia argentina que Mitre iba a articular, esa imagen de la experiencia argentina inspiraba ya la negativa de los interlocutores porteños de Sarmiento a aceptar la visión épica y trágica que hacía de esa historia la del conflicto entre civilización urbana y barbarie pastora. Las reticencias frente a esa otra versión que amenazaba hacerse canónica se exhibían y ocultaban a la vez en las notas que Valentín Alsina puso a *Facundo*; tras de otorgarle un asentimiento de pura cortesía («creo que hay algo de exacto en el fondo de esta idea, sin que en mi humilde opinión, lo sea en todo»<sup>1</sup>) Alsina se apresuraba a socavarlo mediante lo que presentaba como un esfuerzo amistoso por eliminar errores de información, y era en rigor una tentativa de explicar los mismos hechos que Sarmiento interpretaba en esa clave prescindiendo de ella. Es particularmente reveladora la nota 20, que ostensiblemente se limita a corregir el error de presentar a Rosas entrando en Buenos Aires al frente del cuerpo de Colorados de las Conchas; se trata en verdad recuerda Alsina del quinto regimiento de milicias, que también vestía de rojo, «pero ese color era entonces indiferente y accidental, sin significado alguno y usado por otros. Los *Colorados de las Conchas* era otro cuerpo muy distinto [ ] Desde muchos años antes de 1820, vestían de colorado. Fue el mejor y más valiente cuerpo de milicias que tuvo Buenos Aires el único de milicias que hiciese la campaña del Brasil: de ahí la gran amistad de Lavalle con su coronel, y que éste fuera también de los del [golpe militar unitario] 1° de diciembre. Su coronel era Vilela, el que fue sorprendido después en San Calá, y asesinado por Oribe en Tucumán con Avellaneda y otros»<sup>2</sup>.

Lo que parece una corrección de detalle lleva implícita una recusación tanto del método como de las conclusiones de *Facundo*. En la hermenéutica sarmientina la barbarie es una coherente totalidad de sentido, en la que nada hay librado al azar; al sugerir que la adopción del rojo como color emblemático de esa barbarie pudo ser lo bastante «accidental» para que coincidiese en ella un abanderado y mártir de la civi-

---

<sup>1</sup> Valentín Alsina, "Notas al libro *Civilización y Barbarie*", en Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, ed. Roberto Yahni, Madrid, Cátedra, 1990, n.2, p. 380.

<sup>2</sup> Loc. cit. p. 399.

lización, Alsina deja sobriamente de lado los supuestos básicos sobre los cuales se ha construido *Facundo*. Contra la férrea legalidad que gobierna el universo sarmientino, Alsina prefería subrayar el papel del error humano, y aun del azar: son las insuficiencias de Rivadavia, de Dorrego, de Lavalle, las que —anticipándose a la accidental captura del general Paz, el formidable jefe militar e indomable adversario de Rosas— han preparado el triunfo de ningún modo necesario de éste. El rechazo de los «sistemas» que parten de una «idea jefe» y buscan en la historia sólo ejemplos que la justifiquen se hace necesario a Alsina para recusar la imagen de Rosas como la esfinge que guarda el secreto del destino argentino con que se abre *Facundo*; lejos de ser una figura clave, el hombre cuyo poder mantiene en el destierro a Sarmiento y Alsina no es sino el fruto contingente de un accidente histórico.

Pero el rechazo porteño de la visión sarmientina no surge tan solo del deseo de reivindicar lo que la marcha de la historia tiene de contingente, por parte de quienes advierten mejor que Sarmiento que su apocalíptico retrato de un país dividido en dos hemisferios en lucha deja muy poco espacio a la esperanza: Buenos Aires, cuya brillante civilización urbana, expresada políticamente en el gobierno que tuvo por inspirador a Rivadavia, y que Sarmiento no se cansa de celebrar, ha sido hecha posible por la expansión vertiginosa de su economía pastoral, se niega a reconocerse en el retrato de la barbarie pastora que le propone Sarmiento. Y con buenos motivos: los rasgos que Sarmiento ha dibujado con horrorizada admiración como definitorios del hemisferio de sombras que es la barbarie son cultivados sin recato por los corifeos de esa generación porteña de 1837 bajo cuyo influjo el sanjuanino se abrió al mundo de las ideas; Echeverría, que trajo de París las novedades literarias e ideológicas de las que esa generación iba a nutrirse, se enorgullecía de su destreza con la guitarra, que en manos del *gaucho cantor* era presentada en *Facundo* como el instrumento artístico por excelencia del mundo bárbaro; por su parte, la pálida poesía del más exquisito letrado de esa generación, Juan María Gutiérrez, alcanzaba su nota más vigorosa al cantar a su caballo, con quien parecían ligarlo (como a los bárbaros evocados por Sarmiento) sentimientos más efusivos que los reflejados en las evocaciones de amadas excesivamente fantasmales<sup>3</sup>; aun más ilustrativo es el contraste entre el pasaje horrorizado de *Facundo* que rastrea en los entretenimientos gauchos los rasgos infinitamente repulsivos de la barbarie y el poema juvenil<sup>4</sup> en que Mitre celebra en el juego del pato el deporte en que se despliegan las virtudes de una raza libérrima y viril.

La recusación de esas visiones problemáticas del curso de la historia argentina, que en Alsina había invocado el papel decisivo del azar, en Mitre va a desembocar

---

<sup>3</sup> En "A mi caballo"; en "Endecha del gaucho" asumiendo una máscara que Sarmiento hubiera rechazado para sí, Gutiérrez va más lejos, al ofrecer al indio que se ha apoderado de su moro el trueque con su «querida que es luciente como el oro». Ambas poesías en Horacio Jorge Becco, *Antología de la poesía gauchesca*, Madrid, Aguilar, 1972, pp. 1635 y 1640.

<sup>4</sup> "El pato. Cuadro de costumbres", en Becco, op.cit., p. 1652.

en cambio en la postulación de otro curso histórico opuesto, que desde los humildes orígenes rioplatenses no se ha desviado nunca de una línea ascendente destinada a continuarse indefinidamente hacia el porvenir.

La convicción de que la Argentina tiene alianza hecha con el futuro, que subtiende la construcción histórica de Mitre, es también ella el resultado de ver a la Argentina desde Buenos Aires, ahora desde el Buenos Aires post-rosista, que acelera aún más el ritmo de su expansión económica mientras hace de su derrota en los campos de Caseros la promesa pronto cumplida de su triunfo final.

Es el Buenos Aires que deslumbró a Sarmiento en 1855, cuando —tres años después del derrocamiento de Rosas— vino a radicarse en la ciudad que de lejos había imaginado devastada por un cuarto de siglo de ser oprimida por un régimen enemigo de todo progreso. En la que fue capital de la tiranía, y lo es ahora de una provincia en secesión, cuyo gobierno ninguna potencia se decide a reconocer, y cuyo futuro político no podría ser más incierto, descubre en cambio una sociedad dinámica y vibrante, en que la prosperidad de las élites, que llenan teatros enteros con sus deslumbrantes atavíos, se complementa con la para Sarmiento más importante de sus masas populares («no he encontrado pueblo, chusma, plebe, rotos el traje es el mismo para todas las clases, o más propiamente no hay clases»). Mientras para la imaginada Buenos Aires de *Facundo* el único modo de evitar una ruina irrevocable era la instauración de un orden nuevo desde las raíces, en esa Buenos Aires tan distinta que sus ojos por fin revelan a Sarmiento esa ruina es simplemente imposible: «con la guerra, la paz, la unión o la dislocación este país marcha, marchará»<sup>5</sup>.

La visión histórica de Mitre ha de nutrirse de esa fe colectiva, a la que ofrece a la vez formulación precisa. Esta se despliega por primera vez en 1868, en la evocación de los orígenes que abre la segunda edición de la *Historia de Belgrano*, en la que la biografía incluida en 1857 en la *Galería de Celebridades Argentinas* y publicada en volumen separado al año siguiente ofrece el esqueleto para un libro que quiere ser «al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época», y que no sufrirá transformaciones esenciales al ser republicano en versión definitiva en 1887.

Esa evocación de los orígenes argentinos es a la vez una vindicación de la excepcionalidad argentina en el marco de una Hispanoamérica surgida bajo el signo del feudalismo, que alcanza su perfil más definido en México y el Perú. Allí el poder español, implantado «en un imperio conquistado y explotando el trabajo de una raza dominada, se imponía como el feudalismo europeo, distribuía entre los conquistadores el territorio y sus habitantes, teniendo exclusivamente en mira la explotación de los metales preciosos.»<sup>6</sup>

---

5 "Carta a Mariano de Sarratea, Buenos Aires, 29 de mayo de 1855", en Domingo F. Sarmiento, *Obras Completas*, tomo XXIV, p. 283, Buenos Aires, Luz del Día, 1951.

6 Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Quinta edición, Buenos Aires,

Nada de eso en la colonia del Río de la Plata; «bautizada con un nombre engañoso [ ] todo su capital se componía de llanuras cubiertas de malezas [ ] y una agricultura primitiva que apenas bastaba a las premiosas necesidades de los indígenas.» «Así nació y creció la colonización argentina en medio del hambre y la miseria [ ] ofreciendo en Sudamérica el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo reproductor.» La penuria fue así una secreta bendición en cuanto salvó a las comarcas rioplatenses del sino de México y Perú, vástagos ambos de una «semicivilización orgánicamente débil» en cuyo «tronco podrido» los conquistadores injertaron una versión ya arcaica de la civilización europea. Frente a un Perú escindido entre una mayoría indígena que sobrevive «sin asimilarse a los conquistadores», en el Río de la Plata los mestizos «eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia [ ] con ellos se fundaban las nuevas ciudades [ ] ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública inoculando a la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia, los gobernantes destinados a regirla, los ciudadanos del embrionario municipio, y una individualidad marcada con un cierto sello de independencia selvática, que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y calidades». En lugar de una sociedad dividida horizontalmente por fronteras étnicas entre conquistadores y conquistados, una precozmente unificada en torno a «una nueva raza destinada a ser la dominadora en el país»; una sociedad en la que por añadidura la universal pobreza atenuaba las desigualdades económicas: «como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más o menos pobres, resultaba de todo esto una suerte de igualdad o equilibrio social, que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana.»<sup>7</sup>

La excepcionalidad rioplatense tenía raíces europeas a la vez que americanas. A diferencia de Cortés y Pizarro, meros «hombres de acción» a la cabeza de «aventureros intrépidos, ávidos y rapaces» consagrados a una empresa de sojuzgamiento y explotación de los pueblos vencidos, los españoles arribados al Plata fueron, antes que conquistadores, «verdaderos inmigrantes, reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España... nacidos y criados en comarcas laboriosas, en puertos de mar... en ciudades... traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces que faltaban a los habitantes... de Extremadura, de Galicia o de Castilla la Vieja, que dieron su contingente a la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre.»<sup>8</sup>

Una sucesión de toques nada sutiles traza así el perfil de una sociedad más moderna y genéricamente europea que neofeudal y específicamente española. Pero esas virtudes de origen no bastaban para asegurar a ese vástago de Europa implanta-

---

Biblioteca de *La Nación*, 1902, I, 6.

<sup>7</sup> B. Mitre, *op.cit.*, I, 9.

<sup>8</sup> B. Mitre, *op.cit.*, I, 11.

do en el Río de la Plata el gran destino al que ellas le daban derecho. A ellas debía sumarse el influjo, que se haría sentir con intensidad creciente a partir de ese humilde punto de partida, de la «constitución geográfica» de la comarca, cuyas «llanuras cubiertas de malezas» ocultaban una de las más ricas praderas del planeta: «La pampa inmensa y continua daba su unidad al territorio. El estuario del Plata centralizaba todas sus comunicaciones. Los prados naturales convidaban a sus habitantes a la industria pastoril. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo por medio de la navegación fluvial y marítima. Su clima salubre y templado, hacía más grata la vida y más reproductivo el trabajo. Era, pues, un territorio preparado para la ganadería, constituido para prosperar por el comercio, y predestinado a poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra.»<sup>9</sup>

Aunque Mitre no deja de mencionar entre las bendiciones naturales que convalidan esa promesa de un gran destino los «prados naturales [que] convidaban a sus habitantes a la industria pastoril», la reivindicación de un papel positivo para la ganadería relegada por Sarmiento al hemisferio de la barbarie era apenas sugerida al pasar. Ella es sin embargo esencial a su argumento, y casi contemporáneamente con la publicación de esta segunda edición de la *Historia de Belgrano* Mitre la presenta del modo más explícito en el discurso que pronuncia en Chivilcoy, donde Sarmiento, ya elegido para sucederlo en la presidencia, ha prometido tres semanas antes rehacer a toda la llanura pampeana sobre el modelo de esa casi única colonia agrícola en la campaña porteña. Para justificar su escepticismo frente a esta propuesta en que se refleja la dogmática condena que contra el país plasmado por tres siglos de historia formulan quienes se creen sabios, Mitre invoca la instintiva sabiduría del pueblo, a la que ofrece los argumentos que ésta es incapaz de articular: a saber, que no sólo debe la provincia su existencia, aún más que a los hombres, a las vacas que se adelantaron a aquéllos en el avance sobre la pampa desierta, sino que en el presente la ganadería hace posible la consolidación a orillas del Plata de una sociedad más próspera, menos desigual y –para decirlo todo– más civilizada que la del Chile agrícola.<sup>10</sup>

No ha de sorprender entonces que los avances a partir de esos modestos orígenes no supongan ninguna ruptura de continuidad frente a éstos, sino por lo contrario prosigan en la huella originalmente trazada. La experiencia argentina entra en una nueva y decisiva etapa cuando el ritmo de expansión de esa sociedad en continuo crecimiento amenaza verse frenado por el opresivo pacto colonial, que le veda esa apertura hacia el mundo que necesita para poder proseguir su marcha ascendente. Comienza entonces el proceso que ha de culminar en la guerra emancipadora, en la

---

<sup>9</sup> B. Mitre, *op.cit.*, I, 9.

<sup>10</sup> "Discurso pronunciado el 25 de octubre de 1868 en el banquete popular que le ofreció el pueblo de Chivilcoy con motivo de la feliz terminación de su presidencia constitucional", en B. Mitre, *Arengas*, Buenos Aires, Casavalle, 1889.



que ha de forjarse la nacionalidad. Esa transformación de una sociedad en nación será en rigor el tema de la *Historia de Belgrano*, para cuyo héroe no reivindica Mitre un papel constantemente protagonista en el proceso. Lo que lo hace más adecuado que ninguna otra figura entre las de sus coetáneos para ocupar el lugar central en la narración es su condición —en verdad excepcional en el conjunto de la élite porteña que asumirá la dirección del proceso revolucionario— de participante significativo en las dos etapas sucesivas de ese proceso: primero como servidor de la monarquía ilustrada e introductor en el Río de la Plata de esa nueva ciencia que es la economía política, papel en que se lo vio promover la toma de conciencia de la región a partir del conflicto de intereses que iba a llevar ineluctablemente al choque con el régimen colonial, y luego como servidor más abnegado que afortunado de la causa revolucionaria en el campo político y militar.

Al internarse en la etapa revolucionaria vuelve Mitre a la problemática específicamente política que le ha interesado desde comienzo mismo de su carrera intelectual. Ella se centraba en dos temas sin duda íntimamente ligados, pero aún así distintos: un proceso —que él ve como ya coetáneo del nacimiento de la política como área autónoma de experiencia colectiva— a través del cual se consolida el liderazgo personal de algunos individuos, y otro más lento y contrastado gracias al cual ese liderazgo primero rompe el marco institucional que la revolución no ha alcanzado a renovar tan radicalmente como hubiese sido necesario, y por fin —a través de interminables vicisitudes a menudo sangrientas— concluye por ser mediado y absorbido por el imperio impersonal de otras instituciones más capaces de expresar las aspiraciones colectivas que han desencadenado el proceso revolucionario.

El primero de esos tópicos ha sido ya encarado por la generación de 1837, de la que también Mitre es tributario, a partir de las reflexiones de Cousin sobre el papel de los hombres representativos, recogidas por Echeverría en el *Credo de la Joven Generación Argentina*, de 1838, e invocadas en ese mismo 1838 por Alberdi como argumento legitimador del poder de Rosas en su *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, para escándalo de algunos de sus futuros camaradas en la lucha antirrosista. A los hombres del 37, como ahora a Mitre, les preocupaba menos entender y legitimar el fenómeno del liderazgo político que darse una razón para el hecho decepcionante de que en el Río de la Plata ese liderazgo sólo efímeramente recaía en quienes estaban mejor preparados para ejercerlo, y sin embargo se veían bien pronto rechazados en sus pretensiones de desempeñar un papel dirigente. Se trataba en suma de entender las raíces de lo que se llamaba ya el caudillismo, y Mitre dedicó su primer ensayo historiográfico a explorarlas a través de la figura de José Artigas, el jefe de la revolución de la Banda Oriental que en 1815 se erigió en cabeza de un sistema político rival del más maduramente institucionalizado que desde 1810 lideraba Buenos Aires.

Mitre tenía muy buenas razones para interesarse en Artigas; no sólo había seguido a su padre en su destierro a la antigua Banda, ahora República Oriental del Uruguay, sino en ella su propio abuelo, como el padre de su biografiado, había sobre-

salido como jefe de una de las familias fundadoras de Montevideo. Aunque el escaso éxito de ese abuelo como empresario rural contribuyó a que su hijo –y padre del futuro hombre público– siguiese una carrera administrativa que lo devolvió a Buenos Aires, la ciudad donde en primer Mitre se había establecido en el siglo XVII (y Bartolomé iba a nacer en 1821), desde comienzos de la década de 1830 el triunfo de Rosas lo devolvió a su nativa Montevideo, donde entró al servicio de la recientemente creada república independiente. Y el suegro de Mitre es el general Vedia, descendiente de un linaje de oficiales peninsulares arraigado en el Plata en el siglo XVIII, que ha venido sirviendo en la Banda Oriental primero al rey, luego a Buenos Aires y ahora a Montevideo, y que al servicio de la segunda tuvo ocasión para entrevistas y tratos con Artigas que le dejaron vivísima impresión.

Aunque ignoramos la fecha exacta de composición de esa biografía –destinada a permanecer inédita por un siglo– ella es anterior a 1843<sup>11</sup>. Por entonces la imagen cerradamente negativa de la etapa artiguista en la que habían coincidido luego de 1820 todas las facciones rioplatenses había perdido sin duda algo de su virulencia, pero no había sido aun recusada. Podría esperarse entonces sobre todo de la pluma de un joven proscrito en Montevideo por otro caudillo un retrato en que predominasen los colores sombríos, y conclusiones que subrayasen los efectos desoladores de la acción de Artigas.

Muy poco de eso ha de encontrarse, sin embargo, en el escrito de Mitre. Sin duda ello se debe en parte a que entre sus motivaciones la de dilucidar un problema histórico parece haber pesado menos que de adiestrarse en la narración histórica: el *Artigas* parece ser ante todo el ejercicio de un aprendiz de historiador que en su *Diario* se muestra muy alerta a los problemas que plantea la escritura de la historia.

Aún así, puede rastrearse en el *Artigas* una visión precisa de las raíces del caudillismo; una visión que tiene mucho en común con la que propondrá *Facundo*, pero que se niega a adoptar el tono sombrío del texto sarmientino. Sin duda, algunos de esos elementos comunes se deben a que Sarmiento y Mitre son ambos tributarios de la visión del caudillo alimentada por el despecho de sus derrotados rivales de la élite letrada: así cuando uno y otro rastrean en la precoz rebelión contra la autoridad paterna, nutrida en el rechazo de toda disciplina, la primera manifestación de las tendencias que luego han de desplegarse en la vida pública tanto de Artigas como de Quiroga. Ya aquí se percibe, a la vez que una diferencia (el juicio psicológico-moral sobre esos episodios tempranos, cerradamente negativo en Sarmiento, lo es mucho menos en Mitre), una semejanza quizá más significativa: aún Sarmiento ve en esa indisciplina la expresión de ambiciones que en un marco histórico más propicio hubieran podido conquistar para Quiroga una gloria más auténtica que la derivada de sus deplorables hazañas; si hubiese nacido en Francia y no en un remoto rincón colo-

---

<sup>11</sup> En notación de su diario con fecha 27 de septiembre de 1843, Mitre señala la similitud entre el método expositivo adoptado por Villemain en su *Histoire de Cromwell* y «el modo que adopté para escribir la biografía de Artigas» (*El diario de la juventud de Mitre*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1936, p. 16).

nial asediado por la barbarie, Facundo hubiera podido convertirse en uno de los más bizarros mariscales napoleónicos...

Así como su adscripción al hemisferio de la barbarie cierra para Quiroga ese camino alternativo, es el primitivismo del contexto en que se desenvuelve la carrera de Artigas el que contamina y desvaloriza las hazañas que la jalonan. Esa semejanza oculta de nuevo, sin embargo, una diferencia aún más esencial entre la perspectiva de Mitre y la de Sarmiento: el primitivismo del estilo de liderazgo de Artigas proviene de su ubicación en la etapa inicial de una marcha ascendente, en que la democracia se presenta aún «pura y sin abstracciones, representada por la fuerza muscular»<sup>12</sup>. Esa mención fugaz refleja en ese escrito juvenil la gravitación de la imagen del proceso histórico que se desplegará plenamente un cuarto de siglo más tarde tanto en la *Historia de Belgrano* como en el discurso de Chivilcoy: en este último, en expresión chistosa que da voz a una convicción muy seria, redefine eso que Sarmiento llamaba barbarie como «la civilización pastoril marchando en cuatro patas».

Aunque algunas de las formulaciones incluidas en *Facundo* podían haber ofrecido el vehículo para una visión análoga a la de Mitre (así la presentación del conflicto que devora a la Argentina como el resultado inevitable de la yuxtaposición de campañas que viven aún en el siglo XII y ciudades que participan de la civilización del XIX<sup>13</sup>), la barbarie no es para Sarmiento la primera etapa en la marcha ascendente de la civilización, sino su antítesis. Pero lo que define la visión de Mitre no es tan sólo una genérica confianza en la vocación de progreso que caracteriza al proceso histórico argentino; ese progreso se da para él ante todo en el plano político, y se mide por los avances de la institucionalización del poder.

En esta convicción puede acaso verse la huella de otro de los resortes que aseguraron el éxito histórico de Buenos Aires, que suele ser menos complacidamente subrayado que los dones de una naturaleza pródiga: es la creación por voluntad regia de un gran centro administrativo y militar en el nuevo marco brindado por la reorganización imperial del tardío setecientos. En su *Rosas y su tiempo*<sup>14</sup>, José María Ramos Mejía había buscado la clave de la personalidad de Rosas en una doble herencia psicológica: al linaje materno de los López de Osornio debía ella los rasgos propios de la de un gran propietario pampeano, señor de hombres, tierras y ganados; al paterno de los Ortiz de Rosas la *forma mentis* acuñada en el crisol de la tradición burocrática española. Como solía, el agudo siquiátra y criminólogo, creyendo ofrecer claves psicológicas, las ofrecía muy valiosas para la historia: más que una heren-

---

<sup>12</sup> El texto de Mitre fue publicado por Mariano de Vedia y Mitre, *El manuscrito de Mitre sobre Artigas*, Buenos Aires, La Facultad, 1937; la cita es de la p. 61.

<sup>13</sup> D. F. Sarmiento, *Facundo*, p. 91.

<sup>14</sup> José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, Buenos Aires, OCEA, 1952 [1907], cap. II, "De dónde procede el tirano", I, pp. 65-93.

cia genética, la que Ramos Mejía descubre es la de la experiencia colectiva de su ciudad y su región nativa.

Esa experiencia debe también haber gravitado sobre Mitre: ya su padre había desenvuelto su vida en ese marco burocrático, y él mismo parece haberse preparado desde su adolescencia para el servicio del estado; a los catorce años ingresaba, sin dudas con vistas a una carrera en las oficinas de hacienda, en la escuela mercantil del Consulado de Montevideo; al año siguiente su padre perdía su cargo de tesorero general de la República y en 1837 Mitre ingresaba en la escuela de artillería de la Academia Militar de Montevideo, de la que egresó como alférez en 1839. A diferencia de Sarmiento, arrastrado a la milicia por la vorágine de la guerra civil, para Mitre ésta abría desde el comienzo una carrera profesional, en todos los sentidos del término: no sólo ella suponía la adscripción con vocación de permanencia a una estructura institucional bien consolidada, sino la adquisición de una específica competencia por vía de aprendizaje formal (en 1844, mientras servía en las fuerzas que defendían a Montevideo sitiado, iba a redactar una *Instrucción práctica de artillería, para el uso de los señores oficiales de artillería de la línea de fortificación*<sup>15</sup>).

En el marco militar ambos aspectos necesidad de competencia técnica específica y de una institucionalización rigurosa aparecen quizá más estrechamente ligados que en cualquier otro. Mitre subrayará por igual a ambos en dos artículos periodísticos de febrero de 1846, "La montonera y la guerra regular" y "Necesidad de disciplina en las repúblicas"<sup>16</sup>. Aquí de nuevo, como Alsina, afirma contra Sarmiento que la victoria de los ejércitos regulares contra las montoneras reclutadas por los caudillos ofrece un desenlace más frecuente que el opuesto a los conflictos entre ambos. Pero, más allá de esa conclusión solidaria con la optimista visión porteña del futuro argentino, esos textos constituyen un alegato en favor de la profesionalización e institucionalización como fines válidos en sí mismos, y no sólo como instrumentos de victoria, en el que vemos ya desplegarse un motivo que ha de ser central a la visión histórica de Mitre.

Pero esa institucionalización no puede seguir las líneas de la implantada en el Plata por la monarquía ilustrada: también en este punto Mitre se aparta de López, para quien Buenos Aires nunca ha vuelto a ser tan bien gobernada como en los tiempos felices de don Carlos III. La revolución ha deshecho para siempre la coraza monárquica e imperial que amenazaba sofocar el crecimiento de esa sociedad instintivamente igualitaria y marcada desde sus orígenes por una «democracia genial» que es la del Río de la Plata. Y esa revolución alcanza su momento culminante no en 1810 sino en 1820, cuando los caudillos destruyen el estado heredero de la tradición

---

<sup>15</sup> José C. Campobassi, *Mitre y su época*, Buenos Aires, Eudeba, 1980, pp. 17 y 22-23; Juan Angel Farini, *Cronología de Mitre, 1821-1906*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1970.

<sup>16</sup> Farini, op.cit., p. 23.

virreinal que desde Buenos Aires ha dirigido durante diez años la lucha emancipadora; sólo entonces, asegura Mitre, la revolución política se torna «revolución social»; encarna finalmente en la sociedad, y gracias a ello la Argentina asume de modo irrevocable esa vocación democrática que sin que lo supiera ha sido ya la suya desde los orígenes. De este modo lo que para López aparecía como catástrofe irreparable, de la que culpaba a San Martín por haberse negado a abandonar la empresa de liberación del Perú para combatir a los caudillos rioplatenses, constituía para Mitre la consumación de la revolución emancipadora<sup>17</sup>.

Pero esa democracia sigue siendo «inorgánica»; la tarea que queda por cumplir es la de organizarla, y ese debe ser precisamente el programa para la Argentina postrosista. Esa organización tiene una sola forma posible: es la de la república democrática, pero ésta no es —contra lo que creyó Bello y creen todavía Sarmiento y Alberdi— un injerto exótico que sólo puede arraigar en el inhóspito suelo hispanoamericano tras de una penosa etapa de penetración ideológica y transformación social; al adoptarla la Argentina no hará sino envolverse en el ropaje institucional hacia el cual su vocación la ha guiado desde sus remotos orígenes. Todavía en 1878, contra quienes denuncian despectivamente el primitivismo semiindígena de la provincia de Corrientes, al que atribuyen la tenaz fidelidad de algunos de sus caudillos políticos a la facción liberal mitrista, Mitre responde con un escrito al que desafiadamente titula en guaraní, la lengua indígena todavía universalmente hablada en esa provincia (*Ayherecó- Quahá Catú, una provincia guaraní*). Si todavía ahora la recusación a la visión polarizada que contraponen civilización y barbarie permanece implícita, con el paso del tiempo sólo parece haber ganado en vehemencia.

En cuanto la historia que propone Mitre presenta la trayectoria de la Argentina no sólo como el surgimiento paulatino de una conciencia de sí por parte de la sociedad rioplatense, sino el afirmarse de ésta bajo la figura de la nación y dentro del marco institucional del constitucionalismo liberal y democrático al que la destinaba su vocación originaria, ella ofrece la caución más sólida para el patriotismo de estado; se entiende bien por qué un monumento historiográfico marcado por una audaz originalidad de ideas pudo terminar ofreciendo las nociones básicas para la visión del pasado y del destino argentino difundida por la escuela elemental, instrumento de un esfuerzo muy deliberado por improvisar una conciencia nacional para un país deshecho y rehecho por un alud inmigratorio sin paralelo en la historia universal.

---

<sup>17</sup> Ver sobre este punto, Natalio R. Botana, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana-Instituto T. Di Tella, 1991, cap. VII, "El debate sobre la guerra social", pp. 107-122.